Cuenca, 10 de Agosto de 1921

Editorial CASA NUNDO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Calderón de la Barca, 12 y 14

Teléfono núm. 59

EL MUNDO

FRANQUEO CONCERTADO

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN

Capital, un mes. . 50 céntimos

Provincias, un año. . . 7 pesetas

ANUNCIOS SEGUN TARIFA

PAGO ADELANTADO

AÑO V

SE PUBLICA TODOS LOS MIÉRCOLES

Núm. 480.

EL DEBER DE LA VERDAD

La censura y el libelo

FRUTOS DEL CASTICISMO ESPAÑOL

Por algunos se ha dicho y sostenido con reiteración, que la censura previa venía a ser el gimnasio de los periodistas. El periodista, con las cuartillas ante sí, y la pluma en la mano, ha de entreabrir las esclusas del pensamiento en forma tal, que, clandestinamente, como va el medicamento que cura cubierto de plateada capa, burle el pincho del censor, franquee la zona fiscal y pase a ser del dominio de la opinión pública. Esto es; el periodista se convierte en un matutero de noticias e ideas. Pero, ello mismo, le obliga a sutilizar su pensamiento, a entregarse a una gimnasia mental para que los conceptos queden perfectamente solapados tras la expresión, que, pareciendo inocua a los censores, lleve artera y artísticamente envuelto el «veneno» de la verdad. En este sentido, la censura viene a ser una escuela de periodistas; como en la guerra, triunfan en el duelo con el censor los fuertes, y sucumben los mal pertrechados, los que carecen de bagaje intelectual, los débiles en suma.

Esa es una teoría de la censura, que no está mal para contentamiento de quienes tengan el ferviente deseo de conformarse con la censura. Desde la más remota antigüedad tuvieron defensores el pró y el contra, gracias a las sutilezas del lenguaje con que se pueden vestir las más descabelladas ideas para darles aspecto de verosimilitud. No son, pues, generación propia de estos tiempos, los que consideran la censura como incidente providencial, que viene a contrastar quienes asaltaron furtivamente el coto del periodismo, y quienes intervienen con derecho propio en el deporte de escribir periódicos. Hasta la sabiduría popular tiene fallado que no hay mal que por bien no venga.

Pero, en este particular de la censura, se da el caso de que el periodista, luego de haberse torturado el magín realizando la gimnasia mental con los vocablos, las frases y las ideas, cuando da por terminada su obra y siente el regocijo del éxito, cosecha la amargura de no haber sido comprendido; todo su esfuerzo culmina en que no dijo lo que quiso decir, o, al menos, no entendió el público que lo dijera. Pues para que aconteciese de otro modo, habría que suponer en el lector el mismo ingenio, cuando menos, que en el periodista.

Lo indudable es que, bajo el imperio de la censura, el pensamiento busca para difundirse los caminos de la clandestinidad. Cuando no ha existido la Prensa, las ideas, que no pueden quedar confinadas, han tenido por válvula de expansión el procedimiento epistolar; en pleno imperio del periódico, si la censura lo amordaza, lo agarrota, las ideas toman por vehículo de difusión el libelo. Pascal que no era mas que un libelista de su tiempo, vertió en sus cartas finas burlas y aceradas invectivas que dieron al traste con los jesuítas, contra quienes se dirigían; Pablo Luis Courier, el formidable «panfletario» francés, viendo que las ediciones legales de sus opusculos le llevaban a la prisión de Santa Pelagia, acudió al libelo. Y le esgrimió como un ariete. Porque, como decía el mismo Courier, hay que arrastrar las malevolencias, las censuras, las condenas, la cárcel, la horca, pero no renunciar a la publicación del pensamiento. Y someterse a la censura previa es dejar la verdad en rehenes del particular sosiego, de la paz material, mientras que la verdad que hurtamos, que condenamos a brutal clausura, es torcedor de la conciencia. «No es un derecho—agrega Courier—, es un deber, obligación estrecha de todo el que piensa, producir y dar a luz su pensamiento en pro del bien común. La verdad pertenece a todos por completo; lo que se conozca que es útil y beneficioso saber, no se puede en conciencia callarlo. Si el pensamiento es bueno, aprovecha a todo el mundo; si es malo, se le corrige, y también aprovecha.»

¿Qué hacer ante la previa censura, sistemáticamente establecida, para cumplir con los mandatos de la conciencia? Por necesidad ha de acudirse al libelo, a la publicidad clandestina. Lo que por un lado se comprime, se condena, busca por otro la expansión y la libertad. Esto ha ocurrido en todos los tiempos, y no podía dejar de suceder ahora. A los periódicos en blanco, responden las hojas volanderas, las cartas impresas, como la del Sr. Lerroux; los sobetos que circulan de mano en mano con un sigilo que no lo es, con una clandestinidad que pierde todas las características de la ilicitud. Esto es evidente en cuanto admitamos con el Sr. Maura, que el pensamiento no delinque, que la verdad pertenece al acervo común y si el Poder público la persigue, la acosa, la acorrala, la encausa tra, otro Poder anónimo realiza la justicia distributiva, rompiendo cadenas y descorriendo cerrojos para ponerla en libertad. Lo mismo ocurría en los tiempos fernandinos; tiempos de «preusofobia», en los que se había declarado guerra sin cuartel a la letra impresa: detrás del modesto santuario, donde se oraba en la casa del menestral, la Prensa de mano hacía con las ideas el prodigio de los panes y los peces, para distribuir a las muchedumbres el pasto del espíritu.

Consecuencia inevitable de la censura. Quien ha dicho que tal sistema invita a la clandestinidad, tiene razón; pero no es cierto que la censura sea turquesa de un arte, en cuanto invita a la sutilización del pensamiento. Invita única y exclusivamente a la clandestinidad, sin otro arte que eludir la pesquisición del Poder público, olvidado del deber de dar amparo a la circulación de la verdad. Esto, con una notoria agravante: al lado de los gestos viriles y de las gallardías del espíritu, crecen en el régimen clandestino, como las malas hierbas en los sembrados, los frutos de la procacidad y de las más innobles pasiones, como en algunas composiciones de pésimo gusto, que van de mano en mano. Al pensamiento de más noble estirpe se le obliga a circular por las mismas atarjeas por donde marchan las emanaciones sucias de las almas plebeyas, que se asustan de la luz. He aquí la triste consecuencias de la previa censura, que quiere atar a la verdad y no lo consigue, porque es empeño igual que el de poner puertas al campo; pero desencadena el error, la pasión impura, sin que la Prensa, amordazada, pueda, pueda poner dique al desenfreno. Así, precisamente, es como se deforma el alma de los pueblos, y todo por haber olvidado, no las palabras de un «descamisado», sino la máxima de San Pedro, que tiene todo el valor de la eternidad: «Sola la verdad nos hará libres».

B. Artigas Arpón.

Rogamos a los que reciban EL MUNDO *y no estén conformes con la suscripción, se sirvan devolver el periódico a su procedencia.*

LOS POETAS

DIME...

Dime, amor mío, si es hora
de llegarme a la alameda,
y que tu mano de seda
que tanto la mía implora,
calme el ardor de mi alma,
acariciando, vehemente,
el misterio de mi frente
con el raso de su palma.

Dime, amor mío, si al fin
llego el ansiado momento
de espirar tu tibio aliento
en el florido jardín,
y si he de calmar la loca
sed que destruye mi vida
con la miel que hay escondida
en la fresca de tu boca.

Dime, amor mío, si el cielo
quiere calmar tus enojos
y que envíen tus ojos
caricias de terciopelo.
Y dime si mi canción
tiene un celestial aroma,
y, convertida en paloma,
se posa en tu corazón.

Cecilio Benítez

ETERNOS LAZOS

Mi destino fatal manda no verte,
y en el espejo de mi afán te veo;
juzgan que esta pasión es un deseo
y no saben que vivo por quererte.

Intentan que consiga no creerte
mas yo, constante, en tus promesas creo;
y mintiéndote voy que te poseo,
aunque no llegue nunca a poseerte.

¡Triste poema de ternura y llanto
que nace en una eterna despedida
sin desmayar su fuego sacrosanto!

Y no sé qué es mayor en la partida:
si la vida que llevo en el encanto
o el encanto que llevo con la vida.

Andrés Bolarín

EL SACRIFICIO DEL CONSUMIDOR

Las ideas económicas del Sr. La Cierva

De todos los defectos de algunos de nuestros hombres públicos, ninguno tan digno de censura como el del desenfado. Creen, sin duda, que á fuerza de audacia han de imponer su criterio, aunque éste vaya contra el general del país. El Sr. La Cierva es uno de los que representan esta política, al servicio de la que pone un tesón digno de mejor causa.

Para complacer a las clases conservadoras, a las grandes empresas y compañías, el Sr. La Cierva insiste en no rectificar su política equivocada en materia de subsistencias, y hasta parece indicar que ciertos artículos, como el aceite, se venden a precio poco remunerador para los productores. Su último discurso del Congreso, leído con detenimiento, produce verdadero asombro, tanto por lo peregrino de las doctrinas económicas que sustenta, como por lo que anuncia. El ministro de Fomento ha concedido a los interesados en la subida del coste del aceite que puedan exportar, sin necesidad de constituir el depósito que garantiza el consumo, y el precio interior, y no sólo dice que hay que acentuar las medidas proteccionistas, aumentando aún más el Arancel; sino que formula con toda claridad esta conclusión: «Para que los productores medren, es preciso en España que los consumidores pasen muchos años de verdadero sacrificio».

¿Se quiere saber hasta dónde lleva el Sr. La Cierva ese criterio proteccionista? Se recordará que en el Arancel publicado en la «Gaceta» de 21 de mayo, la chapa magnética que sirve para transformadores y motores eléctricos, paga 26 pesetas oro en segunda columna, mientras que antes pagaba 9 pesetas los 100 kilos. Los Altos Hornos fabricaron la chapa magnética durante la guerra. Ahora han dejado de fabricarla; no se produce ya en España, y a pesar de ello, se consignan esos derechos absurdos.

Pero mientras que en otras naciones, aun de tendencias proteccionistas, se habla de amparar a las industrias esenciales, a lo que constituye la base del desarrollo industrial, el ministro de Fomento declara que no sólo el arancel debe de ser un instrumento que proteja las industrias existentes, sino ¡las que puedan crearse!..

Sabido es que el bacalao constituye un alimento de la clase pobre. Tan es así, que forma uno de los que el «Boletín del Instituto de Reformas Sociales» incluye entre los de consumo común del obrero. El bacalao en el nuevo Arancel sube de 30 pesetas los 100 kilos, que pagaba en el de 1911, a 72. ¿No ha de repercutir eso en el precio? Pues el Sr. La Cierva ofrece un remedio. No se venderá bacalao, pero, según él, «tenemos extensas costas en las que se produce mucho pescado»...

Lo que no ha añadido el ministro de Fomento es lo que cuesta hoy cualquier clase de pescado en España, y si ha visto que sea de uso frecuente en las viviendas de las clases trabajadoras. Cuando se discute con tanta ligereza es muy difícil gobernar con acierto, y el país sufre las graves consecuencias del error.

Si los partidos liberales quieren cumplir su deber en estos momentos, tienen que luchar enérgicamente contra lo que el Sr. Villanueva, en nombre del partido democrático, califica de orgía arancelaria. Nosotros recordamos que en el programa liberal de 1902, que despertó tantas esperanzas del país, se relacionaba la cuestión del Arancel con la de la baratura de la vida, prometiendo que había de procurarse, en primer término, combatir el encarecimiento abusivo de las cosas. Existe cierta timidez por parte de algunos liberales en proclamar de nuevo las doctrinas del libre cambio. Y, sin embargo, el 10 de mayo último, Asquith, el jefe de los liberales ingleses, enemigo de toda coalición con los conservadores, ha pronunciado su famoso discurso, que, según el «Manchester Guardián», destruye todas las falacias proteccionistas. «La causa del librecambio—ha dicho Asquith—tiene atributos de santidad, y sus preceptos deben conservarse como norma de conducta». Según el jefe liberal británico, hay tres factores esenciales en la vida económica de los pueblos: el capital, el trabajo y el consumidor, y lo que el mundo desea en los actuales momentos de crisis, es «el libérrimo y pleno intercambio de productos».

Hay que tener el valor de proclamarlo con toda franqueza. No se puede ser proteccionista al modo como aquí se usa, y defensor de los intereses populares. Por eso nosotros insistiremos cuanto sea preciso en la campaña emprendida en pro de la gran masa consumidora, que no está dispuesta al sacrificio.

HERNIADOS

BRAGUERO ESPAÑOL de D. J. Campos
Médico Ortopédico
30 pesetas
Lo mejor conocido.
En Cuenca: Droguería San Julián, Calle del Agua, 22.
En Madrid: Augusto Figueroa, 8.

Por el mal camino...

En el tajo, en un día que el sol abrasaba, me decía el dueño, antiguo obrero llegado a propietario por su laboriosidad, su constancia, su afán ahorrativo y por la ayuda, bien merecida que alguien le prestó: Desengáñese usted, amigo mío, *estos* son *otros* que *nosotros*. Yo he pasado por lo que ellos pasan ahora y obré de distinta manera que ellos obran. Lo ve usted; jóvenes, fuertes, robustos y; sin embargo, se *cansan;* y yo, tras muchos años de una labor esquilmadora, trabajo más que ellos y no me canso. ¿Será que los obreros van convirtiéndose en enemigo del dueño? ¿No les da a cada uno de mis dos segadores, cerca de las cien pesetas y la manutención abundante, variada y apetitosa durante la siega? Pero el dueño más viejo, menos fuerte, más débil, trabajaba más que ellos; no paraba un momento y regresaba por la noche al hogar derecho, tranquilo, sin que el cansancio le rindiese.

¡Ya! Cortar aquellas mieses en sazón, granadas las rubicundas espigas; agregar a los cientos de haces cortados anteriormente los segados en el día para constituir formidable hacina, de donde saldrán los cientos de fanegas del dorado candeal que abarrotarán las trojes. Y ser todo para uno, para los nuestros, para comodidades y placeres y alegrías, para las dotes cuantiosas de las hijas, para la carrera de los hijos, pan y sosiego de la vejez. No me extraña, amigo mío, que no te canse la ruda labor de la siega, y que bailes de contento y de satisfacción al cortar las cañas. Si el día durase una semana aun debía parecerte corto.

Pero los *otros*. Cinco pesetas de jornal para pagar diariamente su esfuerzo extraordinario y fatigoso. Y al cabo de esa jornada, y de todas las jornadas, mal comidos siempre, siempre abrumados por la tarea perpetua, siempre pensando en el día próximo del agotamiento total, en lo hora triste de la inutilidad física, cuando, por no servir ya, tú y todos los amores le despidáis del tajo y tengan, si quieren engullir un pobre pan duro, que mendigarlo de puerta en puerta. ¿Comprendes ahora por qué se cansan tus segadores, a pesar de ser jóvenes, de ser fuertes, de ser robustos?

Si a los jornaleros se les diese un estipendio remunerador que les permitiese *formar la holsa de la vejez*, que no todos los obreros se gastan el dinero en la taberna o en el juego o en el vicio; yo me considero un obrero y no me he embriagado nunca, ni apenas bebido licores ni vino, ni he arriesgado una peseta a las cartas, ni visitado un burdel—; si todos los que alquilan el esfuerzo ajeno diesen un sobresueldo para constituir el retiro de los obreros ancianos, tu segador, amigo mío, se cansaría, derribando los tallos de trigo de las tierras exuberantes y ubérrimas.

* * *

Y no se volverían, como se están volviendo contra ti y lo tuyo, ni quemarían tus mieses o tus fábricas, ni asesinarían a tus encargados, ni a tus hijos en el arrebato exaltado de la demencia colectiva, ni convencidos por una larga y dolorosa experiencia de la dificultad de arreglar pacíficamente las cuestiones sociales, y exaltados por teorías engañosas, pero deslumbrantes, no aspirarían, como aspiran ya en todo el mundo, a ser ellos los dueños, los amos, en una dictadura roja y sangrienta, tan mezquina, tan dura, tan cruel, tan insensata y antisocial, que formará época en los anales de la historia, en ese sombrío y antiliberal Himalaya ruso...

Joaquín Bravo y Lillo

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Mundo, El. 10/8/1921.